

El fin de un ciclo, ¿qué esperar ahora?

Algunas pistas para procesar las elecciones de Chile

Por: Giorgio Jackson Drago

0. Introducción

En la segunda vuelta presidencial, el fundador del partido Republicano José Antonio Kast, ha sido electo como el futuro presidente de Chile, con una contundente mayoría de 58% de los votos válidos.

Antes su discurso de triunfo y apenas un par de horas después de cerradas las urnas, recibió una llamada y una posterior visita de su contendora, la comunista Jeannette Jara, que recibió el restante 42% de los votos, lo que se presenta como una tradición cívica que Chile cuida y abraza con orgullo.

Ahora, ¿cómo se entiende este resultado a la luz de lo ocurrido en Chile en los últimos años? La interpretación de estas elecciones irá madurando con el tiempo y quizás todos deberíamos hacer el ejercicio de tomar distancia un minuto e intentar ver la película un poco más amplia.

Lo primero que podemos ratificar es que se confirma —por quinta vez— la alternancia en el poder ejecutivo, que es una constante desde las elecciones de 2009 en Chile. Parece ser que en los tiempos que corren son las oposiciones las que conectan mejor con el sentir ciudadano.

Ahora, por supuesto que no puede ser la alternancia la única explicación, como si el resultado fuera un fenómeno predeterminado. Jeannette Jara en su discurso llamó a hacer una reflexión honesta y profunda sobre los factores que condujeron a este resultado. En este artículo quisiera aportar con un análisis del proceso electoral a través de los lentes del ciclo de movilizaciones de las últimas dos décadas y de cómo, según argumento, ese ciclo ha llegado a su fin, y la incorporación de cinco millones de nuevos votantes cambia el juego que se ha estado jugando durante todo este ciclo.

También, como dijo Jara, hay una necesaria autocrítica que hacer. En su momento, el profesor Marcelo Bielsa lo puso en estos términos: “El éxito es deformante, relaja, engaña, nos vuelve peores, nos ayuda a enamorarnos excesivamente de nosotros mismos; el fracaso es todo lo contrario, es formativo, nos vuelve sólidos, nos acerca a las convicciones, nos vuelve coherentes”. Intentaré hacerle caso a ambos.

Para no extenderme aún más de lo que ya lo hago, hay saltos y simplificaciones que intento complementar con citas a publicaciones que lo abordan en profundidad.

1. Ciclo de movilizaciones

Las movilizaciones de 2006, más conocidas como la "revolución pingüina", abrieron una fisura en el consenso político-social que había sostenido a Chile desde la vuelta a la democracia a comienzos de los años 90. Lo que comenzó como una demanda estudiantil por el costo de la prueba de acceso a la Universidad y el uso del pase escolar para el transporte público, terminó cuestionando las bases del modelo educativo, expresados en la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, promulgada por la dictadura dos días antes de entregar el mando a Patricio Aylwin en marzo de 1990. Las masivas protestas se intentaron canalizar a través de un Consejo Asesor convocado por la presidenta Bachelet, que redactó participativamente propuestas conducentes a reducir los espacios en los que el mercado actuaba en el sistema educacional. A pesar de ese impulso o voluntad inicial, la dinámica propia del sistema binominal en el Congreso Nacional terminó aprobando y celebrando en 2009 la nueva Ley General de Educación, que no abordó las raíces del problema y generó una decepción transversal del movimiento estudiantil (Bellei, Contreras, y Valenzuela 2010; Donoso 2013). Tres años después, prácticamente la misma generación se levantó a cuestionar el modelo, pero esta vez el de la educación superior. La deuda estudiantil y falta de financiamiento, la desigualdad en el acceso, el lucro en las Universidades y la desregulación de la calidad de las carreras, serían algunas de las prioridades para exigir cambios a las reformas neoliberales que había sufrido la educación superior (Bellei, Cabalin, y Orellana 2014). La falta de sintonía en las respuestas del primer gobierno del Presidente Piñera terminaría por profundizar las demandas hacia la gratuidad del sistema, además de una reforma tributaria progresiva para financiarlo y una nueva Constitución. Lo que se tildó neoliberalismo corregido y progresismo limitado (Garretón 2012), también ha sido denominado como centrismo moderado (Alenda y Arce-Riffo 2023), sobre todo en contraste a la disputa hegemónica, o por el sentido común, que se abriría desde la emergencia del movimiento estudiantil y, en lo institucional, desde el segundo gobierno de la presidenta Bachelet.

Esa disputa no se limitó al ámbito educacional y se extendió prácticamente toda la década. Otras actorías que sumaron sus repertorios e instalaron sus demandas fueron los movimientos socioterritoriales, los colectivos LGBTIQ+ por libertades civiles, el movimiento No + AFP, el movimiento mapuche y el movimiento feminista (Joignant y Somma 2024). Lo que vendría no se explica sólo por esta acumulación, pero es imposible entenderlo sin esta década previa.

2. Estallido

El estallido social o revuelta urbana (Somma, Cavieres, y Medel 2024) de octubre 2019 se presenta como la cúspide de ese proceso de movilización y abrió una disputa interpretativa que aún marca la política chilena. Para algunos, muy en simple,

representó la crítica definitiva al modelo neoliberal y a la herencia institucional de la dictadura (Aguilera y Espinoza 2022; Garretón 2021; Joignant y Garrido-Vergara 2025; Somma et al. 2021). Para otros, expresó un malestar derivado de expectativas crecientes dentro del propio proceso de modernización capitalista —una especie de paradoja del bienestar, que demanda más y mejor capitalismo, sin alterar mayormente la estructura— (Brunner 2021; Peña 2020; Tironi 2020). En un eje perpendicular tenemos el quiebre entre élites y ciudadanía, el vaciamiento de representación político-institucional y la individuación social (Araujo 2019; Luna 2021; Morales Quiroga 2020), lo que también podría dar paso a una interpretación del estallido como una respuesta a un momento populista (Bellolio 2020; Heiss 2020).

En este convulso y complejo contexto, el acuerdo del 15 de noviembre fue la primera respuesta institucional frente a un inminente colapso. Pero fue una prueba de fuego para los partidos políticos y sus liderazgos, que transversalmente firmaron la iniciativa, con excepción del Partido Comunista y el Partido Republicano. Fue una salida que inicialmente dividió a los sectores movilizados y que permitió encauzar institucionalmente el conflicto, pero que también reveló errores de diagnóstico que influirían en el destino del proceso constitucional (Garretón y Morales-Olivares 2023; Heiss 2021; Negretto 2021). Años después, y sin ninguna base real en los hechos históricos, han tomado protagonismo las posturas de quienes —más por afán electoral que de análisis social— buscan posicionar al proceso iniciado en Octubre de 2019 como un estallido delictual o incluso como un intento de golpe blando.

3. La pandemia

La pandemia no congeló el conflicto: lo transformó. Irrumpió en medio del reordenamiento político abierto por el estallido y alteró tanto la subjetividad ciudadana como el calendario institucional. Las protestas desaparecieron casi por completo, las fechas ya establecidas —que proyectaban un plebiscito de salida en marzo de 2022— se postergaron por razones sanitarias y el gobierno enfrentó presiones crecientes por respuestas económicas que permitieran a las familias sobrevivir a este contexto. La insuficiencia del primer Ingreso Familiar de Emergencia empujó al sistema político hacia una solución heterodoxa: un retiro del 10% de los fondos individuales de pensiones para gastarlo a discreción. Lo que en su primera versión se presentó como único, extraordinario e irrepetible dada la emergencia, terminó transformándose en una droga difícil de rechazar, sumada a una actualizada conciencia respecto de la propiedad de los fondos de pensiones. En paralelo, al presionar por un aumento del IFE, que tras varias alzas terminó siendo equivalente a la línea de pobreza familiar y llegando al 90% de las familias; y al avanzar con el segundo y el tercer retiro de fondos, contribuimos de forma decisiva a un sobrecalentamiento de la economía que llevó a un alza sostenida desde el último trimestre de 2021 para llegar en agosto del 2022 a un peak de inflación a doce meses de 14,1%, el más alto en 25 años.

4. El proceso constitucional

El proceso constitucional chileno fue el intento más ambicioso de traducir institucionalmente el malestar expresado en la revuelta de octubre. Su doble fracaso, sin embargo, puede ser atribuida a la convergencia de tres planos generales.

Primero, el diseño institucional y la composición. La representación de independientes (103/155 convencionales), la fragmentación interna en 17 colectivos, la tensión entre el trabajo de comisiones, el pleno y la posterior armonización del texto, y la asimetría entre voto voluntario de entrada y obligatorio de salida, configuraron un proceso difícil de coordinar y de comunicar (Aninat 2022; Ginsburg y Álvarez 2024; Heiss y Suárez-Cao 2024; Larrain, Negretto, y Voigt 2023; Palestini y Medel 2025; Piscopo y Siavelis 2023; Verdugo y García-Huidobro 2024). La irrelevancia numérica en la representación de la derecha, que no alcanzó el tercio necesario para convertirse en agente, incentivó un acuerdo entre los distintos bloques del extraordinariamente amplio arco progresista, y por ende, llevó a parte de la derecha a perfilar tempranamente su campaña hacia el rechazo.

Segundo, la Convención funcionó también como una continuidad del estallido social: expresiones identitarias, performances públicas, ímpetu de revancha y tensiones entre lo constituido y lo por constituir (López Moreno 2024). Tanto en las formas como en el fondo. El resultado fue lo que se ha descrito como un fallo en la traducción de las demandas ciudadanas a lo institucional (Richard 2024), al no transformar esa impugnación al sistema en la representación de deseo de constituir algo confiable, cercano y sostenible (Fuentes 2023; Rozas-Bugueño 2024), lo que también ha sido interpretado como un contenido alejado del votante medio (Aleman y Navia 2023).

Tercero, la brecha con la ciudadanía. La opinión pública se movió con rapidez: la interrupción del himno al comienzo, el escándalo de Rodrigo Rojas Vade y su falso cáncer, los disfraces en el salón del Congreso, convencionales votando desde la ducha o una performance de campaña del apruebo que incluía, sí, sacarse una bandera chilena del ano.

Así las cosas, el destino del texto se resolvió tanto en el desenlace del órgano constituyente y su pérdida creciente de legitimidad (Mascareño y Henríquez 2022; Sajuria y Saffirio 2023); en contenidos que no conectaron con las expectativas de la población (Bargsted 2022) y a partir de una campaña del rechazo que desde un texto con falencias, armó clivajes simples —y en varias ocasiones, falsos— desde un amable "Rechazar para reformar" hasta los frontalmente falsos "tu casa ya no será tuya" o "perderás tus ahorros para la pensión" (Chávez y Lagos 2022; Herrera 2022; Saldaña et al. 2024).

Dos variables que se suman al análisis: primero, el escenario económico con el peak de inflación en 25 años justo al momento de votar el plebiscito de salida; y segundo,

la inclusión del voto obligatorio —exigido por los partidos de oposición en el marco del acuerdo del 15-N—, lo que llevó a 5 millones de compatriotas a votar por primera vez, de los cuales se estima que 4 millones optaron por el rechazo (Panel Ciudadano UDD 2023).

El desenlace es conocido. Un rechazo abrumador de 61,89% versus un 38,11%. La contradicción entre el mandato de entrada y el rechazo de salida forzó al Acuerdo por Chile, un segundo intento constitucional bañado por el crudo realismo político (Mella Polanco 2022).

Sobre ese Consejo Constitucional y el segundo intento para tener una Nueva Constitución, se habla mucho menos. Con una mayoría aplastante del partido Republicano, este proceso contó con un diseño diametralmente distinto (Chuaqui, Le Foulon, y Oteíza 2023). Partía con un mandato acotado, con 12 bases institucionales sobre las que se debía trabajar; con una comisión de expertos que haría una propuesta inicial; con un Comité Técnico de Admisibilidad que velaría porque se cumpliera el mandato. Y sobre los consejeros, tuvo significativamente menos entropía, con en el número total de consejeros disminuyendo de 154 a 50 y de 17 bloques distintos a solo 6 bancadas; de un 67% de independientes a menos de un 15%, que además iban en listas con partidos (salvo el escaño indígena). Sin embargo, y pese a que la comisión de expertos entregó una propuesta unánimemente consensuada (desde el PC al partido Republicano), el liderazgo conservador incurrió en exactamente la misma conducta que criticaron del primero proceso e introdujeron varias modificaciones identitarias. Hubo más terno y corbata, menos parafernalia, más resguardos, pero un desenlace político similar. La población terminó rechazando el texto con un 56% (Bellolio 2024).

5. Gobierno de Gabriel Boric y la autocrítica

En paralelo al primer proceso constitucional, el presidente Boric llega a La Moneda luego de obtener un 25,82% en primera vuelta (1.815.024 votos) y un 55,87% en segunda vuelta (4.621.231), con altas expectativas (Luna 2022). Asume el 11 de marzo con minoría parlamentaria en ambas cámaras y una emergente coalición de partidos con los que, vale la pena recordar, más allá de compartir la oposición los años anteriores, no tenían experiencia conjunta de Gobierno, y más bien venían de trayectorias de competencia electoral tanto en lo nacional como en lo local. Sí se había llegado a un acuerdo de implementación programática para la segunda vuelta.

Al poco andar, se produjo una caída abrupta de apoyo ciudadano, pero luego mantuvo una base estable de apoyo en torno al 30%, cosa que no ocurrió en los dos gobiernos que lo precedieron, que tuvieron descensos más lentos, pero con caídas más profundas.

Respecto a la autocrítica, hubo hitos que —con mayor o menor difusión— considero errores evitables que perjudicaron la gestión e imagen del Gobierno. Dentro de este grupo, se pueden observar tanto las erráticas señales iniciales en la conformación de la coalición y los equilibrios en el comité político y en el Gobierno; la ausencia de un rol más activo en el proceso constitucional una vez finalizada la segunda vuelta; mi rol en la Segpres como barrera para la consolidación de confianzas en la coalición, agravados por las torpes declaraciones sobre la “escala de valores y principios”; la frustrada y errática incursión en Temucucui en las primeras semanas de Gobierno; el desprolijo proceso de indultos presidenciales a presos durante el estallido social; el error de cálculo en el rechazo de la reforma tributaria; la fallida y evitable compra de las casas de los ex presidentes Aylwin y Allende que terminó con la renuncia de la Ministra Fernández y la cesación del cargo de la Senadora Isabel Allende; o la aplicación de una metodología errada que ampliaba —aunque en el margen— el alza de precios de la luz, que terminó con la renuncia del Ministro Pardow.

Todos los episodios tienen matices y explicaciones, pero que evidencian errores en distintos niveles de la administración y que se tradujeron en costos políticos y coyunturas adversas. Seguro esta lista de errores no forzados podría continuar, desde nombramientos hasta actuaciones de representantes del Gobierno, que comenzaron a crear una sensación de frivolidad en torno al uso de los cargos, además del permanente cuestionamiento a los sueldos que van asociados a los puestos de gobierno, materia en la que sin lugar a dudas se pudo avanzar más de lo establecido en los instructivos relativos a contrataciones y límites de sueldos para asesores de marzo 2022.

También están las gestiones difíciles de explicar bajo determinado encuadre que, aunque tienen una explicación razonable, alguien podría argumentar que permitieron construir una imagen de contradicción o abandono con el mandato recibido (Somma 2024). En esta categoría podríamos fijar el acuerdo CODELCO-SQM en contexto de una Estrategia Nacional del Litio; la negativa a un quinto retiro de fondos de pensiones; la legislación respecto al fallo de la Corte Suprema por los cobros injustificados de las Isapre, que salvó a la industria de la insolvencia; el acuerdo final de pensiones que no terminó con las AFP, las referencias del Presidente Boric respecto a Sebastián Piñera tras su muerte o la aplicación de Estados de Excepción Constitucional en la zona Macro Sur y en la frontera norte. No queda claro cuánto de esto pudo traducirse en pérdida de votantes, pero sí alimentó una idea de inconsistencia o travestismo político.

Sin embargo, hay dos episodios que merecen una detención especial, más allá de que además durante su gestión en tanto crisis se hayan cometido errores. Se trata de bombazos que pegaron directamente en la línea de flotación del Gobierno. Me refiero a los conocidos como Caso Convenios y Caso Monsalve.

a) Caso Convenios: en junio de 2023 un medio emergente publicó que una fundación liderada por militantes de Revolución Democrática celebró en Antofagasta un

convenio por 426 millones de pesos con el ministerio de Vivienda, cuyo representante regional también era militante del mismo partido. El problema era doble: esa fundación no contaba con la experiencia requerida para conseguir ese contrato, y quienes estaban involucrados en la firma eran parte de un mismo círculo de relaciones interpersonales, lo que advertía un problema grave de probidad. Más allá de la expulsión del partido a los involucrados, las esquirlas del caso fueron dirigidas por la oposición hacia mí, en tanto fundador del partido y Ministro de gobierno, por lo que a los dos meses —y tras el insólito robo de computadores en el Ministerio que dirigía— la presión opositora hizo ver que no se sentaría con el Gobierno si yo continuaba en mi cargo, por lo que presenté mi renuncia indeclinable. Más allá del desenlace personal y de que una vez investigados todos los programas de traspaso de recursos a fundaciones aparecieron un cantidad importante de irregularidades demostrables, particularmente en el Gobierno Regional de la Araucanía, este episodio marcó buena parte de la gestión posterior del Gobierno, tanto en la parte práctica de poder trabajar con el tercer sector en desafíos comunes, como en la línea narrativa frente a la ciudadanía. Tras más de dos años ha quedado en evidencia que todas las acusaciones realizadas en mi contra eran absolutamente falsas, al punto que el Senador Espinoza y el empresario Errázuriz tuvieron que retractarse de sus dichos ante un tribunal.

b) Caso Monsalve: una grave denuncia por abuso sexual y violación en contra del Subsecretario del Interior, manejada de inicio a fin de manera errática, y marcada por filtraciones de información por goteo, llevaron a la solicitud de renuncia al denunciado a los 3 días de ingresada la denuncia, pero en términos políticos y mediáticos generó un fuerte cuestionamiento al actuar de la Ministra Tohá y del Presidente Boric. Y de rebote, aunque no tuvieran participación ni fueran consultadas, a las ministras Orellana y Vallejo, respecto a los principios feministas sobre los que este gobierno se erigió desde un comienzo.

Evidentemente no todo es autocrítica, y el desarrollo de estos 4 años de gobierno permiten mostrar importantes logros del Gobierno, dentro de los que destacan el aumento de las pensiones; el aumento histórico del salario mínimo; la disminución de la jornada laboral a 40 horas; el Royalty Minero; el Copago Cero en el sistema de salud pública; la ley de pago de pensiones de alimentos; el cumplimiento de la meta de 260 mil viviendas sociales por la Emergencia Habitacional; la instalación de la arquitectura para un Sistema Nacional de Apoyos y Cuidados, Chile Cuida; el Plan Nacional de Búsqueda y la transformación del Penal Punta Peuco; el pago de la Deuda Histórica con los profesores, entre otras reformas.

En otros aspectos administrativos o de gestión, se dan por sentado algunos avances, como la reducción de la conflictividad social o la normalización de la economía; la exitosa campaña de vacunación de invierno o el inicio de la universalidad de la atención primaria; la disminución de violencia en la macro zona sur y la disminución a casi la mitad de ingresos irregulares al país; la ventanilla única social y la

automatización del pago del subsidio familiar; o el impulso de los Trenes para Chile y el transporte público sostenible.

¿Se frustraron expectativas? Sin duda, las promesas de cambio y transformación eran significativamente mayores, pero también es cierto que las prioridades de la propia ciudadanía fueron cambiando durante estos 4 años. Por su parte, ¿se frustraron las predicciones fatalistas respecto del Gobierno del presidente Boric? Absolutamente. Quienes predijeron que este gobierno sería caótico y con pésimos resultados económicos o sociales, se ven complicados en argumentar (fuera de un contexto de campaña electoral o de la casuística) que algo de aquello haya ocurrido. Incluso con minoría parlamentaria, este será el primer o segundo gobierno que más leyes habrá promulgado desde la vuelta a la democracia.

Ahora, un desafío absolutamente pendiente, particularmente dado el fenómeno de transformación tecnológica, es el de las comunicaciones. Los enormes esfuerzos de la vocería de gobierno se vieron a ratos completamente impotentes dentro del ecosistema mediático, amplificado por redes sociales que funcionan como cámaras de eco. Sin una base política de alta capilaridad en adherentes y militancia, y sin una estrategia e infraestructura mediática no hay ninguna posibilidad de disputar la narrativa del día a día.

6. Fenómenos largos que cruzan e inciden en este ciclo

La sociedad del 2006 no es la misma que el 2025, por lo que vale la pena analizar algunos de los cambios estructurales que pueden explicar en alguna medida la dinámica del comportamiento o preferencias electorales.

Una transformación importante tiene que ver con el estancamiento económico. El crecimiento entre 2014-2023 fue de 1,9%, mientras la década anterior fue de 4,8%. Sin un cambio de la productividad difícilmente se podrá pensar en transformaciones más profundas en un próximo ciclo político.

Luego, tenemos también el cambio demográfico. Si en 2011 la tasa global de fecundidad era de 1,92 hijos por mujer, en 2023 era de 1,16. En contraste, un flujo migratorio ha venido a contrastar esa disminución demográfica, no exentos de fenómenos de tensión territorial y cultural. Si en 2022 la población migrante en Chile era de 187 mil personas (1,3% de la población total), en 2024 son 1,6 millones (8,8%), la mayoría del aumento procedente de la diáspora venezolana. Las complejidades de convivencia con las comunidades receptoras de este flujo migratorio reflejan consecuencias no sólo respecto al tema demográfico, sino también en términos culturales y, como veremos después, en formas o tipologías de delito que eran menos comunes en Chile.

También podemos observar una sostenida disminución en la pobreza de un 28,7% en 2006 a un 6,5% en 2022, lo que aumenta una autopercepción de clase media,

introduce nuevos temores asociados a la vulnerabilidad social y los shocks económicos, cambia las aspiraciones en torno al éxito material y al estatus, lo que entrega nuevas pistas para leer el origen del malestar social.

Los estudiantes en 2006 publicaban en Fotolog, en 2011 en Twitter y Facebook y en 2019 en Instagram, Tiktok y Whatsapp. Hoy nos cuesta saber si un video de campaña es real o hecho por inteligencia artificial. La hiperacelerada transformación tecnológica de estas últimas dos décadas trae un cambio en la forma de relacionarnos. Una plataformización de la vida que cambia la forma en la que nos enteramos de las noticias, en el tiempo que pasamos frente a una pantalla versus el tiempo interactuando con otras personas, entre otros impactos en el desarrollo de la subjetividad, que son registrados por las plataformas para convertirnos en perfiles de consumo. La polarización es amplificada por estas cámaras de eco y el resultado es una distorsión sociodigital: el ciudadano con el que interactuamos en redes sociales no es el mismo ni se comporta como el que interactuamos en persona, afectando la forma en la que los representantes políticos se aproximan al diálogo democrático.

Por último, está el aumento de la inserción del crimen organizado y los mercados ilegales. Respecto a lo primero, la llegada de bandas internacionales, junto con delitos que antes eran casi inexistentes —como secuestros extorsivos, trata de personas, extorsiones o ajustes de cuentas— cambió de golpe la sensación de seguridad. Ya no se trata solo de mirar las cifras: la aparición de prácticas violentas, muy visibles en los medios, chocó con la experiencia cotidiana de generaciones que crecieron en un país comparativamente más seguro. Ese quiebre entre lo que Chile recordaba de sí mismo y lo que hoy muestra la realidad ayuda a explicar por qué la percepción de inseguridad creció mucho más rápido que la incidencia real de varios delitos. A eso se suma otro fenómeno que suele pasar más desapercibido: el crecimiento de economías ilegales que ofrecen ingresos y cierto “sentido de pertenencia” a personas que quedaron fuera de las oportunidades formales (Luna 2025). En barrios marcados por la desigualdad, estas redes terminan ocupando espacios que el Estado no llenó a tiempo. No solo desafían la autoridad pública, sino que también ofrecen reglas, protección e incluso prestigio para algunos jóvenes.

El resultado es claro: la inseguridad se volvió uno de los temas centrales del debate público y del ciclo electoral reciente. Y aquí aparece la paradoja chilena, que bien ha señalado Daniel Johnson, director de Paz Ciudadana: seguimos teniendo mejores indicadores que la mayoría de la región, pero la llegada de estas nuevas formas de violencia cambió la manera en que las personas sienten el riesgo y, con ello, su vínculo con la política.

7. La ola conservadora

La ultraderecha dejó de ser una rareza para convertirse en un actor que marca agenda en todo el mundo. Probablemente el punto de quiebre fue la campaña de Donald

Trump: un millonario que logró hacerse pasar por “antisistema” y transformar el enojo social en una identidad política. La rebeldía cambió de bando y empezó a vestirse con los colores de la reacción (Stefanoni 2021). Desde allí, la fórmula se multiplicó: Bolsonaro, Milei, Meloni, Kast, Orbán o Le Pen. Todos adoptan la misma gramática: un “nosotros” contra “ellos”, la promesa de restaurar un orden perdido, la defensa de valores tradicionales y una libertad entendida como desregulación y desconfianza hacia el Estado.

Pero este fenómeno no se explica solo por liderazgos carismáticos. Hoy existe una maquinaria organizada que conecta a estas derechas a escala internacional. Sus congresos —como el CPAC en EE.UU. y sus versiones itinerantes en Brasil, México o Hungría— funcionan como vitrinas de legitimación y escuelas de estrategia.

Ahora bien, su fuerza no proviene solo de la organización, sino de un modo particular de interpretar la subjetividad contemporánea y hablarle a las emociones. Desde una lectura cercana al psicoanálisis lacaniano —como propone Jorge Alemán— estos liderazgos interpelan miedos muy básicos: la angustia frente a un mundo que cambia demasiado rápido, el temor a perder el lugar que se creía asegurado, el resentimiento frente a promesas de progreso que nunca se cumplieron. La ultraderecha convierte ese malestar difuso del capitalismo contemporáneo en identidad política: no busca persuadir con datos, sino ofrecer pertenencia, un relato que ordena la incertidumbre y señala culpables reconocibles. En tiempos de vulnerabilidad emocional y desconfianza generalizada, ese refugio simbólico puede resultar más convincente que cualquier evidencia racional.

A ese clima se suma algo más estructural: vivimos en sociedades cada vez más individualizadas, competitivas y ansiosas, donde los vínculos comunitarios se debilitaron y las personas sienten que cualquier cambio puede significar una pérdida real. La teoría de la aversión a la pérdida de Daniel Kahneman lo explica bien: el dolor de perder algo es emocionalmente más intenso que la satisfacción de ganarlo (Kahneman 2013). Y en política, ese sesgo abre un espacio enorme para discursos que prometen proteger lo que “queda”. La ultraderecha lo entendió antes que nadie: convirtió el miedo —a la migración, al delito, al deterioro económico, al cambio cultural— en su principal capital político. No importa que los datos desmientan gran parte de esos temores; importa que ofrezcan explicaciones simples para problemas complejos, y fronteras simbólicas que simulen control.

Finalmente, la evidencia comparada es contundente (Rovira et al. 2024): en países como Brasil, Argentina o Chile, quienes respaldan a la ultraderecha tienden a mostrar menor apego a la democracia, posturas conservadoras en género y sexualidad, fuerte defensa del libre mercado, demanda de mano dura, antifeminismo y rechazo a la inmigración. Además, consumen información principalmente a través de redes sociales como Twitter, Facebook, Instagram o TikTok, lo que facilita la circulación de marcos identitarios simples, virales y altamente emocionales. En ese ecosistema, la

ultraderecha prospera no porque ofrezca soluciones, sino porque sabe nombrar los miedos y convertirlos en identidad política.

8. Momento de votar: los obligados mandan

Después de todo este análisis, ¿qué explica entonces la votación del domingo?

Partamos observando la primera vuelta, donde sin duda la sorpresa fue Franco Parisi y el Partido de la Gente, que logró ofrecer un lugar de pertenencia y validación, fuera de la dicotomía polarizadora que causa hastío. El “ni facho ni comunacho” terminó representando a casi dos millones y medio de votantes que se sintieron alejados del resto de las alternativas políticas. ¿Cuál es la columna vertebral de este apoyo, además del rechazo a una polaridad? ¿Cuán sostenible sea esa adhesión? Está por verse en los próximos años.

Sus votantes en segunda vuelta optaron mayoritariamente por Kast, luego por Jara y finalmente por el nulo o blanco. Lo que da cuenta que había algo más en juego que el llamado a votar nulo. ¿Cuánto hubo de anticomunismo cultural? ¿Cuánto hubo de desconfianza hacia los liderazgos de su partido o de los partidos oficialistas? ¿Cuánto hubo de machismo? ¿Cuánto hubo de clasismo? ¿Cuánto hubo de mera alternancia? Imposible saberlo con claridad, pero hay antecedentes para pensar que todas esas preguntas tuvieron una incidencia mayor a cero.

La hipótesis que instaló el cientista político David Altman, es que el clivaje Apruebo-Rechazo del 2022 habría reemplazado al Si y el No del 88 (Altman 2025). El problema de esa hipótesis, primero, es que choca de frente con el resultado del plebiscito del 2023. Incluso, enfocarse en la impresionantemente alta correlación del voto del domingo con el voto del rechazo de 2022 me parece sólo descriptivo, pero induce a un error, porque la correlación es insuficiente para explicar las causas del fenómeno que se está manifestando y menos aún para proyectarlo hacia el futuro.

Como podemos apreciar, en el proceso de 2025 hubo 3 veces más nulos y blancos que en 2022. Y la distancia entre el apruebo y el rechazo el 2022 fue de 3 millones de votos, mientras que la distancia entre Jara y Kast fue de 2 millones de votos. Cuando el voto varía de esa forma entre la elección del plebiscito 2022, con el de 2023, con las municipales 2024, con la primera vuelta y finalmente con esta segunda vuelta, estamos ante la presencia de un fenómeno que nos costará más descifrar.

De la segunda vuelta: si podemos observar que una diferencia significativa en el voto masculino, en todos los tramos etáreos, favorable a Kast; también podemos observar una amplia diferencia entre el voto urbano y el voto rural, favoreciendo significativamente este último a Kast; y por último, también podemos observar una diferencia definitiva entre el voto habitual y el voto obligado. Es más, si seguimos las encuestas de opinión, que en esta segunda vuelta acertaron casi sin margen de error

al resultado, entonces vemos que en el votante habitual hay un empate técnico, pero de cada cinco votantes obligados, tres votarían Kast, uno por Jara y uno nulo o blanco.

Aquí llegamos al quid de lo electoral: de todo lo desarrollado en este artículo, donde se retratan variables que pueden incidir en el electorado, no se observa ninguna variable aislada con la potencia explicativa que tiene la introducción del voto obligatorio.

De esta forma, el "fin del ciclo" iniciado con las movilizaciones que se dieran hace dos décadas, no estaría dado tan sólo por el desempeño de dos equipos que estaban jugando un partido de fútbol, sino principalmente por el cambio en las reglas para que entre a la cancha un conjunto de nuevos jugadores de otro deporte, que nadie sabe con certeza para qué lado jugarán. Por lo mismo, siguiendo la provocación de Altman, la votación del domingo pasado no tiene un factor explicativo en el significativo del apruebo o el rechazo en 2022, sino al hecho mismo de la incorporación de una subjetividad nueva que no estaba presente, y que, dada la coyuntura del 2022, votó rechazo. En simple, siguiendo la analogía futbolera, no es que los nuevos jugadores jueguen se hayan anotado en el equipo del "rechazo", sino que se cambiaron las reglas para que mute a otro deporte, que por razones de coyuntura los llevó a votar en esta elección presidencial por Kast.

Por lo anterior, los análisis respecto a los errores o aciertos de un equipo deben ser medidos con pesos relativos alterados. Los ejes de la conversación que importa se aleja de la linealidad izquierda-derecha e introduce otros ejes ortogonales a los que estos nuevos jugadores atribuyen más importancia para su identificación política. Por eso es cuando les hacen escoger en posicionamiento de izquierda a derecha, y escogen el centro, ni lo hacen por moderación, sino por "la distancia" con la idea de ambos ejes, izquierda y derecha (Morales-Olivares 2025).

9. Balance y proyección del ciclo

"No hay derrota definitiva, ni triunfo definitivo", nos dice José Pepe Mujica. Por su parte, el sociólogo Geoffrey Pleyers trae el ejemplo del mayo francés del 68, para decirnos que su fuerza e impacto no se mide ni se pierde por la elección del general De Gaulle meses después. Como si quisiera que encontremos consuelo, nos dice que el cambio nunca es lineal (Pleyers 2024).

José Antonio Kast sacó un 23,92% en la primera vuelta presidencial, lo que representa la peor votación porcentual en primera vuelta de un presidente electo en Chile. En segunda vuelta, tuvo una victoria contundente e inapelable, pero su mandato quedó sujeto a interpretación. No sólo porque muchos votos son "prestados" y consideraron en su candidatura un "mal menor", sino principalmente porque durante su campaña

omitió explícitamente respuestas sobre en detalle sobre sus titulares de campaña, además de esconder la agenda conservadora de su partido, apelando a que su convocatoria es a un gobierno de “emergencia nacional”. Habrá que esperar y ver las lecciones que sacó del segundo proceso constitucional que su partido lideró y de los roces o quiebres internos que ha tenido en su trayectoria militante.

Durante este ciclo que termina, la exigencia de los derechos sociales y el respeto por las libertades individuales resonó en la mayoría de la población, particularmente respecto del derecho a la educación como mecanismo de movilidad social en una sociedad donde la promesa meritocrática supone uno de los sustentos del sistema. Y no fueron pocos los logros durante los últimos 15 años, particularmente en los períodos Bachelet 2 y Boric, pero también los avances en pensiones en Piñera 2 tras las presiones del estallido social.

Hoy —y quizás hace un par de años— se abre un nuevo ciclo y empezamos a enfrentar con mayor nitidez prioridades distintas, que responden a condiciones distintas, y que serán a ratos contradictorias o al menos ambivalentes respecto al ciclo recién finalizado.

Será interesante ver el recorrido de las demás fuerzas que se sumen al Gobierno, enfrentando este nuevo ciclo. Y dado que hoy José Antonio Kast está en Argentina para visitar al presidente Javier Milei, vale la pregunta, ¿cómo está mirando Chile Vamos su lugar en estos años, teniendo como antecedente la forma en la que La Libertad Avanza fagocitó al PRO en estos dos años? ¿Cómo se posicionará el Partido Nacional Libertario en relación a los partidos de Chile Vamos?

Y desde fuera, ¿qué rol le cabe al PDG en este nuevo ciclo? ¿Cómo se articula eso en relación con el Gobierno entrante?

Y para nosotros, ¿qué respuestas a este nuevo ciclo podrían emerger desde los sectores progresistas?

Más allá de la labor de gobernar hasta el último día y garantizar un traspaso de mando impecable, lo primero que debemos hacer es escuchar con humildad. Lo otro es bajar los niveles de ansiedad porque durante un buen rato no tendremos respuestas y la única forma de obtenerlas será dotando a nuestras estructuras partidarias de la voluntad y capacidad de escucha en todo el territorio nacional. Otra tarea no menor es resistir la tentación de las pasadas de cuenta dentro de la coalición, porque podría poner en riesgo lo avanzado estos cuatro años de construcción de confianzas y generación de síntesis colectiva.

Será clave encontrar nuestro rol como oposición firme, responsable y propositiva. ¿Cómo instalar agendas que congreguen a estas nuevas mayorías sociales y que sean coherentes con nuestro ideario? ¿Cómo defender los avances alcanzados ante la amenaza de potenciales retrocesos?

Puede ser interesante explorar también en los países de la región qué tipo de respuestas se han encontrado a fenómenos o preguntas similares. ¿Qué casos de éxito inspiran? ¿De qué procesos fallidos sacar lecciones?

Finalmente, en la idea de apelar al deseo y la esperanza, en contraste a la pulsión destructora, debemos ser capaces —a partir de todo lo anterior— de pensar y preparar una invitación contextualizada a cada rincón del país. Y no sé ustedes, pero si queremos que la derrota sea breve, deberíamos pensarla más parecida a una fonda que a un simposio.

Aguilera, Carolina, y Vicente Espinoza. 2022. «“Chile despertó”: los sentidos políticos en la Revuelta de Octubre». *Polis (Santiago)* 21(61). doi:10.32735/S0718-6568/2022-N61-1707.

Alemán, Eduardo, y Patricio Navia. 2023. «Chile's Failed Constitution: Democracy Wins». *Journal of Democracy* 34(2):90-104. doi:10.1353/jod.2023.0014.

Alenda, Stéphanie, y Javiera Arce-Riffo. 2023. «New Political Cycle in Chile: From Centrist Consensus to the Struggle for Cultural Hegemony». Pp. 39-56 en *Latin America's Pendular Politics: Electoral Cycles and Alternations*, editado por O. Dabène. Cham: Springer International Publishing.

Altman, David. 2025. «El nuevo “clivaje” de la política chilena». <https://www.latercera.com/opinion/noticia/el-nuevo-clivaje-de-la-politica-chilena/>.

Aninat. 2022. «I-CONnect Symposium on the Chilean Constitutional Referendum – New Forms of Representation and the Failure of the Chilean Constitutional Convention [OEI] – I-CONnect». <https://www.iconnectblog.com/i-connect-symposium-on-the-chilean-constitutional-referendum-new-forms-of-representation-and-the-failure-of-the-chilean-constitutional-convention/>.

Araujo, Kathya, ed. 2019. *Hilos Tensados. Para leer el octubre chileno*. Santiago, Chile: USACH.

Bargsted, Matías. 2022. «El “votante medio” que inclinó la balanza en el plebiscito». <https://www.ciperchile.cl/2022/10/12/el-votante-medio-que-inclino-la-balanza-en-el-plebiscito/>.

Bellei, Cristián, Cristian Cabalin, y Víctor Orellana. 2014. «The 2011 Chilean Student Movement against Neoliberal Educational Policies». *Studies in Higher Education* 39(3):426-40. doi:10.1080/03075079.2014.896179.

Bellei, Cristián, Daniel Contreras, y Juan Pablo Valenzuela. 2010. *Ecos de la revolución pingüina: Avances, debates y silencios en la reforma educacional*.

Bellolio, Cristóbal. 2020. «Populismo como democracia iliberal: Una hipótesis sobre el estallido social chileno». *Revista de Sociología* 35(1):43-55. doi:10.5354/0719-529X.2020.58106.

Bellolio, Cristóbal. 2024. «Otra cosa es con poder. El fracaso constitucional de Kast y Republicanos». *Disjuntiva. Crítica de les ciencies socials* 5(2):41-55. doi:<https://doi.org/10.14198/DISJUNTIVA2024.5.2.4>.

Brunner, José Joaquín. 2021. «La rebelión de una generación desengañada». Pp. 75-104 en *La revuelta de octubre en Chile. Orígenes y consecuencias*, editado por C. Peña y P. Silva. Santiago, Chile: Fondo de Cultura Económica.

Chávez, Cristóbal, y Claudia Lagos. 2022. «La verdad... ¿Cuál verdad? Información, desinformación y mala información ante el plebiscito de salida». <https://palabrapublica.uchile.cl/la-verdad-cual-verdad-informacion-desinformacion-y-mala-informacion-ante-el-plebiscito-de-salida/>.

Chuaqui, Ariadna, Carmen Le Foulon, y Benjamín Oteíza. 2023. «Desentrañando el 7 de mayo: un análisis de la elección del Consejo Constitucional».

Donoso, Sofia. 2013. «Dynamics of Change in Chile: Explaining the Emergence of the 2006 *Pingüino* Movement». *Journal of Latin American Studies* 45(1):1-29. doi:10.1017/S0022216X12001228.

Fuentes, Claudio. 2023. *El proceso fallido*. 2023.

Garretón, Manuel Antonio. 2012. *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado: los gobiernos de la concertación en Chile, 1990-2010*. 1. edición. Colección Pensar América Latina. Santiago de Chile: CLACSO.

Garretón, Manuel Antonio, ed. 2021. *Política y movimientos sociales en Chile. Antecedentes y proyecciones del estallido social de Octubre 2019*. Santiago, Chile: LOM.

Garretón, Manuel Antonio, y Rommy Morales-Olivares. 2023. «Del “estallido Social” de Octubre de 2019 al Cambio Constitucional. El Significado Político de Las Movilizaciones Sociales En Chile». *Debats. Revista de Cultura, Poder i Societat* 137(2):91-104. doi:10.28939/iam.debats-137-2.6.

Ginsburg, Tom, y Isabel Álvarez. 2024. «It's the Procedures, Stupid: The Success and Failures of Chile's Constitutional Convention». *Global Constitutionalism* 13(1):182-91. doi:10.1017/S2045381723000242.

Heiss, Claudia. 2020. «Populismo y desafíos de la representación política en las democracias contemporáneas». *Revista de Sociología* 35(2):30-41. doi:10.5354/0719-529X.2020.58646.

Heiss, Claudia. 2021. «Revuelta social y proceso constituyente en Chile». *Revista de Ciencias Sociales Ambos Mundos*. doi:10.14198/ambos.20981.

Heiss, Claudia, y Julieta Suárez-Cao. 2024. «Constitution-Making in the 21st Century: Lessons from the Chilean Process». *PS: Political Science & Politics* 57(2):282-85. doi:10.1017/S104909652300104X.

Herrera, Ignacia. 2022. «Desinformación en el plebiscito: el vacío legal que dejó a 202 denuncias ante el Servel sin ser investigadas ni sancionadas». <https://www.ciperchile.cl/2022/10/28/desinformacion-en-el-plebiscito-el-vacio-legal-que-dejo-a-202-denuncias-ante-el-servel-sin-ser-investigadas-ni-sancionadas/>.

Joignant, Alfredo, y Luis Garrido-Vergara. 2025. «Revisiting the Chilean Social Uprising: Explanations, Interpretations, and Over-Interpretations». *Latin American Research Review* 1-12. doi:10.1017/lar.2025.7.

Joignant, Alfredo, y Nicolas Somma. 2024. *Social Protest and Conflict in Radical Neoliberalism. Chile 2008-2020*. Palgrave MacMillan.

Kahneman, Daniel. 2013. *Pensar rápido, pensar despacio*. Debolsillo.

Larrain, Guillermo, Gabriel Negretto, y Stefan Voigt. 2023. «How Not to Write a Constitution: Lessons from Chile». *Public Choice* 194(3-4):233-47. doi:10.1007/s11127-023-01046-z.

López Moreno, Rodolfo. 2024. «Movimientos sociales, partidos políticos y la continuidad institucional del estallido social chileno en la Convención Constitucional». *Desafíos* 36(1). doi:10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.13222.

Luna, Juan Pablo. 2021. *La Chusma Inconsciente. La crisis de un país atendido por sus propios dueños*. Catalonia.

Luna, Juan Pablo. 2022. «Una promesa llamada Gabriel Boric». <https://nuso.org/articulo/una-promesa-llamada-Gabriel-Boric/>.

Luna, Juan Pablo. 2025. «Un futuro tuneado». <https://terceradosis.cl/2025/11/23/un-futuro-tuneado/>.

Mascareño, Aldo, y Pablo A. Henríquez. 2022. «Sentimientos constitucionales. Análisis de actitudes negativas, neutras y positivas sobre la Convención Constitucional por medio de Twitter». <https://c22cepchile.cl/publicaciones/sentimientos-constitucionales-analisis-de-actitudes-negativas-neutras-y-positivas-sobre-la-convencion-constitucional-por-medio-de-twitter/>.

Mella Polanco, Marcelo. 2022. «Acuerdo Constituyente: el retorno del realismo político». <https://www.ciperchile.cl/2022/12/14/el-retorno-del-realismo-politico/>.

Morales Quiroga, Mauricio. 2020. «Estallido social en Chile 2019: participación, representación, confianza institucional y escándalos públicos». *Análisis Político* 33(98):3-25. doi:10.15446/anpol.v33n98.89407.

Morales-Olivares, Rommy. 2025. «20% que no llega de la nada: el electorado Parisi, entre larga duración y coyuntura». <https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/columnas/2025/11/27/20-que-no-llega-de-la-nada-el-electorado-parisi-entre-larga-duracion-y-coyuntura/>.

Negretto, Gabriel L. 2021. «Deepening Democracy? Promises and Challenges of Chile's Road to a New Constitution». *Hague Journal on the Rule of Law* 13(2-3):335-58. doi:10.1007/s40803-021-00158-2.

Palestini, Stefano, y Rodrigo M. Medel. 2025. «The 'Withdrawn Citizen': Making Sense of the Failed Constitutional Process in Chile». *Bulletin of Latin American Research* n/a(n/a). doi:10.1111/blar.70019.

Panel Ciudadano UDD. 2023. «El Chile sumergido. La voz silenciosa de los 5 millones fuera de las urnas.»

Peña, Carlos. 2020. *Pensar el malestar. La crisis de octubre y la cuestión constitucional*. Taurus.

Piscopo, Jennifer M., y Peter M. Siavelis. 2023. «Chile's Constitutional Chaos». *Journal of Democracy* 34(1):141-55. doi:10.1353/jod.2023.0009.

Pleyers, Geoffrey. 2024. *El cambio nunca es lineal. Movimientos sociales en tiempos polarizados*.

Richard, Nelly. 2024. «Fallas de traducción (de la convención constitucional al rechazo)». Pp. 114-32 en *Tiempos y modos. Política, crítica y estética*. Santiago, Chile: Paidós.

Rovira, Cristóbal, Gonzalo Espinoza, Carlos Meléndez, Talita Tansheit, y Lisa Zanotti. 2024. *Apoyo y rechazo a la ultraderecha. Estudio comparado sobre Argentina, Brasil y Chile*. Democracia y Derechos Humanos. Friedrich Ebert Stiftung.

Rozas-Bugueño, Joaquín. 2024. «Between Hope and Disaffection: The Chilean Constitution-Making Process and the Intermediation Crisis». *PS: Political Science & Politics* 57(2):274-81. doi:10.1017/S1049096523001130.

Sajuria, Javier, y Emilia Saffirio. 2023. «Se nos rompió el amor. Cambios en la opinión pública durante el proceso constituyente.» en *El proceso fallido*, editado por C. Fuentes. Catalonia.

Saldaña, Magdalena, Ximena Orchard, Sebastián Rivera, y Guillermo Bustamante-Pavés. 2024. «“Your House Won't Be Yours Anymore!” Effects of Misinformation, News Use, and Media Trust on Chile's Constitutional Referendum». *The International Journal of Press/Politics*. doi:10.1177/19401612241298853.

Somma, Nicolás M. 2024. «Una explicación sobre las “volteretas” en política». <https://www.ciperchile.cl/2024/05/31/volteretas-en-politica/>.

Somma, Nicolás M., Matías Bargsted, Rodolfo Disi Pavlic, y Rodrigo M. Medel. 2021. «No Water in the Oasis: The Chilean Spring of 2019–2020». *Social Movement Studies* 20(4):495-502. doi:10.1080/14742837.2020.1727737.

Somma, Nicolas M., Julia Cavieres, y Rodrigo M. Medel. 2024. «Revueltas urbanas en América Latina: revisión bibliográfica y propuesta conceptual». *Desafíos* 36(1). doi:10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.14299.

Stefanoni, Pablo. 2021. *¿la Rebeldía Se Volvió de Derecha? Cómo el Antiprogresismo y la Anticorrección Política Están Construyendo un Nuevo Sentido Común (y Por Qué la Izquierda Debería Tomarlos en Serio)*. Singular Ser. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Tironi, Ernesto. 2020. *El desborde. Vislumbres y aprendizajes del 18-O*. Planeta.

Verdugo, Sergio, y Luis Eugenio García-Huidobro. 2024. «How Do Constitution-Making Processes Fail? The Case of Chile's Constitutional Convention (2021–22)». *Global Constitutionalism* 13(1):154-67. doi:10.1017/S204538172300031X.